

## EL BINOMIO GHANA-GUINEA

El Africa Occidental ha sido protagonista de un destacado acontecimiento que la sitúa en la primera fila del interés mundial. Nos referimos a la decisión, comunicada en Accra el 23 de noviembre, de que Ghana y Guinea deciden constituir, mediante su federación, el núcleo de una Unión de Estados africanos occidentales.

Se ha dado el primer paso para la realización del viejo y ambicioso proyecto de Nkrumah. De momento, entre ambos países se han adoptado las primeras disposiciones para hacerlo plenamente efectivo. Ghana se muestra dispuesta—previa aprobación parlamentaria—a conceder un préstamo de 10.000.000 de libras esterlinas a la Guinea independiente. Para adoptar una sola bandera se desarrollan los más estrechos contactos, armonizándose su política defensiva exterior y económica. El paso siguiente será proclamar una Constitución.

Este fructífero resultado de las entrevistas celebradas en Accra entre los primeros ministros Kwame Nkrumah y Seku Turé ha acogido de sorpresa a los medios oficiales de París y Londres. El día 25 se reunió el Gabinete británico para deliberar sobre el acontecimiento. La *Press Association* habla de la «sorprendente decisión» y en los medios responsables franceses se advierte confusión. Ha sido un golpe inesperado para muchos. Aunque más pronto de lo calculado, esta tendencia federativa del Africa Occidental, aglutinada por Ghana, la habíamos previsto hace tiempo desde el mismo momento de la independencia de la antigua Costa de Oro. En un trabajo nuestro de aquellas fechas \* decíamos: «Si hubiésemos de formular un vaticinio—que ahora parecería el de un visionario—diríamos que, a largo plazo, tal vez las fronteras de Ghana radicasen en el río Senegal». Habíamos previsto el acontecimiento—aunque no esperábamos tan fulminante rapidez—mediante el exa-

---

\* J. Cola Alberich, *Notas sobre Ghana*, Cuadernos Africanos y Orientales, núm. 39, pág. 48; septiembre 1957.

men de una serie de circunstancias que detallábamos y que indicaban un firme propósito de unión de los Estados de Africa Occidental.

De momento, la primera consecuencia de esta hábil maniobra de los dos caudillos africanos, ha sido el desencadenamiento de un cierto recelo francés hacia la política británica. La primera reacción de una parte de la prensa francesa, ha sido enfocar el acontecimiento como producto de manejos británicos. Esta opinión se extendió ampliamente y, ante el ambiente creado, el 26 de noviembre la Embajada británica en París difundía un comunicado referente al proyecto de unión entre la Guinea y Ghana. Subraya la nota que el Gobierno británico no había sido informado hasta el domingo 23 de la decisión de ambos jefes de Gobierno. Indica que si se habla de «unión» entre ambos Estados, esta fórmula debe precisarse, pues supone un «problema constitucional complejo», ya que la incorporación o anexión de un nuevo territorio por un Estado miembro de la Commonwealth supone, en efecto, el consentimiento unánime de la Mancomunidad. Respecto a la promesa de ayuda financiera de Ghana a Guinea de que habla el comunicado de Accra, la nota británica precisa que se trata de un crédito con cargo «a fondos que están a la libre disposición del Gobierno de Ghana» cuya «balanza comercial es beneficiaria». Agrega que «la opinión británica no puede aceptar la interpretación dada en Francia a este acontecimiento. Para todo inglés resulta claro que ningún espíritu imparcial, en Francia o en otro país, puede afirmar que el acercamiento entre Guinea y Ghana es el fruto de maniobras británicas».

Sopesando cuidadosamente los antecedentes y examinándolos con un criterio altamente objetivo, no puede quedar duda de que el acontecimiento ha sucedido únicamente por la voluntad de los dos Estados africanos. Guinea no puede subsistir, al menos de momento, sin ayuda económica exterior y resulta lógico que si dicha ayuda puede proporcionársela un país hermano—ya hemos expresado reiteradamente que en Africa las fronteras políticas son artificiales—acuda a él en vez de ligarse a un Estado extranjero. De ello a pasar a la Unión federal no hay más que un paso, porque el concepto del Estado, para el negro-africano, es extraño a su propia sensibilidad. La tribu y el clan son sus nociones. Ahora bien, cuando el colonialismo ha impuesto divisiones administrativas artificiales y se introduce el sentido de «nación» que supera el antiguo círculo tribal, ¿por qué han de detenerse, precisamente, las fronteras de cada una de las naciones en las que les había trazado las potencias coloniales? Superada la tribu y formadas «naciones» por la reunión de varias de ellas, con igual facilidad, ahora, se pueden reunir más tribus e integrarse en una sola nación varios de los antiguos territorios coloniales.

La tribu africana, en los pasados siglos, tenía su razón. La tribu consti-

tuía el mundo político y social del nativo. Cada tribu poseía sus terrenos de caza propios de los que obtenía su subsistencia. La tribu era el Estado y las fricciones entre tribus determinaban las guerras intertribales. Se producían alianzas ocasionales de tribus con fines ofensivos y defensivos. Sólo en contados casos—de gran importancia—llegaron a fraguar en el Africa negra entidades políticas supratribales. Tal fué el caso del gran Imperio de Ghana.

Más tarde las relaciones impuestas por el colonialismo trascienden las barreras tribales abriendo un estrecho contacto (social o comercial) entre las tribus superando el signo bélico de los antiguos antagonismos intertribales. Gradualmente, en el transcurso de los años, se hace más íntima la penetración y las tribus africanas se acostumbran a no mirarse enemistosamente. Salvado este obstáculo el paso a las grandes federaciones es obligado.

Y otro hecho que no podemos subestimar es el vigoroso sentido de unidad que existe entre las masas africanas. La tribu es aún una entidad potente en Africa. Donde se conservan sus vínculos intactos, es más fuerte que el individuo, la nación o la raza. Pero la urbanización ha superado al tribalismo entre las masas que habitan los centros de población. Y entre esas masas se fomenta un nuevo sentimiento de unidad—Lord Hailey hablaba de un «nuevo tribalismo»—que ha llegado a ser tan potente que no puede ser desdeñado ni siquiera por los propios caudillos de los pueblos interesados.

No quiere esto decir que hayan desaparecido totalmente los desacuerdos y mucho menos en los pleitos tribales. La oposición de los Ashanti y los Ewe al centralismo en Ghana es un ejemplo. En la costa de Marfil la agitación antidahomeyana y antitogolesa existe y no ha podido ser aplacada con la expulsión de varios millares de trabajadores «extranjeros»; en el Camerun francés, la rebelión de Un Nyobe ha dejado una estela de resabios que atomizan la conciencia pública; en Sierra Leona persiste el ambiente hostil hacia los liberianos y ciudadanos de la Guinea en virtud del recuerdo que suscitan los 30.000 ó 50.000 nativos de aquellos países que invadieron, en 1956, el país en busca de diamantes. Toda el Africa Occidental está en plena efervescencia.

Pero no apreciaría los hechos en sus exactas dimensiones quien confundiese esos desacuerdos y hostilidades que tan epidérmicamente salen a la vista con el hondo sentir de las masas africanas, que sólo puede ser apreciado mediante un profundo conocimiento de su sociología. En Africa, la política no puede aislarse de la sociología en qua va implicada. Es un error tratar de aislar el hecho político «químicamente puro», puesto que siempre se apreciará un sedimento sociológico. Es consecuencia de que nos hallamos ante pueblos primitivos—etnológicamente hablando—en los que no se ha llegado

a la fase occidental—tal vez por fortuna—de que el hecho político pueda surgir incontaminado del substratum sociológico.

Y una consecuencia de todo esto es el papel preponderante del «jefe» o «caudillo» como intérprete de la voluntad de la masa. En los pueblos negroafricanos el jefe lo es cuando representa la encarnación viva del ánimo popular. La acción enérgica de un jefe prestigioso se halla respaldada por la conciencia de la masa que dirige. Si se halla identificado entre ambos, la masa actúa pasivamente y aureola a su jefe del máximo poder.

Este es el caso que en el binomio Ghana-Guinea se da en sus dos dirigentes. Nkrumah y Seku Turé son dos personalidades vigorosas, temperamentos dominantes, en los que la cualidad definidora es el «cesarismo». Si ambos se han plegado a sacrificar parte de su propia tendencia autocrática para federarse, esto indica que no se han atrevido, aun gozando de inmenso prestigio, a enfrentarse con un riesgo que podría precipitarles en la decadencia. Y ese riesgo es, precisamente, la ambiental tendencia hacia la unidad panafricana que domina las masas.

Los primeros pasos de Nkrumah en la política, allá por el año 1945, le señalaron como cabecilla de un movimiento de unión africana. Así actuó en la *West African Student's Union* y en el *National African Bureau* que representaba al *Panafrican Congress* y, así, también, en sus colaboraciones en la revista *Pan Africa*. En 1946 pasó a ser Secretario Nacional del Africa Occidental, con programa de Unión africana participando en la Conferencia de los africanos occidentales en Gran Bretaña e Irlanda (*Conference of West African in Great Britain and Ireland*) donde propugnó la idea de una unión de repúblicas independientes del Africa Occidental que es, exactamente, lo que ahora trata de llevar a efecto y cuyo programa ha iniciado con tan lisonjero éxito.

En virtud de estos antecedentes puede ser lícito preguntarse si el éxito mayor en la carrera política de Nkrumah no ha derivado de su idea fundamental de unidad africana más que de la accesoria de independencia de Costa de Oro, a la que ya, en principio, cambió el nombre por el sugerente de Ghana, tal vez como símbolo de su proyección hacia el futuro.

Si vigorosa es la personalidad de Nkrumah no lo es menos la de Seku Turé. No procede del campo universitario, ni integra esa élite intelectual que domina el campo de la política africana, pero ha impreso su huella indeleble en el marco tal vez más cargado de promesas en el futuro africano: las organizaciones sindicales. Seku Turé es el sindicalista nato que ha sabido comprender el inmenso papel que correspondía a los Sindicatos en el futuro del Continente, y que se ha adiestrado en las técnicas del ejercicio del poder en

el seno de tan sensibles organismos. A lo largo de muchos años ha demostrado una notable ductilidad que lo acreditan como político consumado.

Ambos caudillos, cargados de laureles en la lucha anticolonialista, habiendo llegado al puesto preeminente de la República que han conducido a la independencia pactan, ahora, la federación ¿Estiman, acaso, viable su objetivo? ¿Están convencidos de la solidez de la edificación que han construido? Es posible que anide la duda en el fondo de su acuerdo, pero es evidente que ambos reconocen que existe una imperiosa necesidad de unificar los esfuerzos africanos. Cada territorio escindido en nación independiente tendría difícil subsistencia y, a lo sumo, arrostraría una vida lánguida. Es indispensable ensayar la Unión, puesto que, aun en el fracaso, siempre quedaría la semilla que puede fructificar en el futuro.

Claro está que este paso de unión entre territorios que se hallan separados por centenares de kilómetros y que poseen muy distinto nivel de vida es aventurado. Y lo es más, porque con él se alienta la hostilidad, más o menos encubierta de otros jefes vecinos. Los dirigentes negros de los territorios franceses han expresado en distintas ocasiones su reserva ante la proyectada Unión Africana Occidental. Mamadou Dia, Presidente del Consejo del Senegal, Houphouet-Boigny y Senghor han criticado públicamente, con distintos motivos, la conducta de Nkrumah. Por otra parte, Nigeria ve con inquietud este primer paso de unión del Africa Occidental. En la Conferencia de Accra, el primer ministro de la Federación de Nigeria y sus colegas de la Nigeria septentrional y de la Nigeria occidental no fueron invitados. Tan sólo el doctor Azikiwe, antiguo amigo de Nkrumah, parece sentirse atraído por los proyectos del caudillo de Ghana. Con respecto a Liberia, no es un secreto la escasa cordialidad de relaciones que mantiene con Ghana. Durante un siglo de independencia, Liberia ha consolidado su vida política y económica. Resulta lógico, por esto, sus recelos ante fantásticos planes de unidad panafriicana que sólo el tiempo podrá decir en qué medida son factibles. En tal proyectado estado, Liberia podría perder mucho de lo que ha logrado con su acción perseverante y no manifiesta ningún entusiasmo en colaborar en los sueños de Nkrumah.

Al propio tiempo, Obafemi Awalowo, primer ministro de la Nigeria occidental, viene, sistemáticamente, desarrollando una amplia campaña panafriicana en la que no oculta su propósito de que Nigeria se convirtiese en el país dirigente de unos Estados Unidos de Africa que integrasen el Camerun francés, Nigeria, Ghana, Liberia, Sierra Leona, Guinea portuguesa, Gambia, Dahomey, Togo, Costa de Marfil, Guinea francesa, Sudán francés, Senegal y algún que otro territorio más.

Y no debemos, tampoco, desdeñar las repercusiones de esta actuación de Nkrumah en el Commonwealth al que pertenece Ghana. De momento, el portavoz del Ministerio de Relaciones con la Mancomunidad indicó el día 24 que esta adhesión eventual de Guinea y la Commonwealth no puede resolverse por un simple deseo o incluso por una proposición del Gobierno de Ghana. Cada uno de los miembros de la organización deben ser consultados y conceder una respuesta favorable. «De todas formas—concluía—sería la primera vez que un Estado que no ha formado parte nunca del Imperio británico se adhiere a la Commonwealth y este problema sin precedentes requiere un serio estudio». La prensa inglesa enjuicia el asunto con severidad. El *Daily Telegraph* lo considera como producto de dos olas oportunistas, como producto del manifiesto deseo de ambas partes de jugar a todos los paños en que esperan puede obtenerse ganancia. «El doctor Nkrumah —dice—quiere tener una República, permanecer en el seno del Commonwealth todo el tiempo que le convenga y formar la cabeza de una unión africana, cuando se constituya. Turé desea apoyarse en Ghana esperando algo más sólido y, mientras tanto, obtener de Francia todos los beneficios que sean posibles». El *Daily Express* dice: «Todo el asunto podrá parecer al doctor Nkrumah una política muy sutil. Pero el público británico no manifiesta el mismo entusiasmo. El Imperio Británico no es un club de mala muerte donde se acepten los miembros por un simple ojeada del portero».

Pero lo cierto es que, ante la indiferencia o la incomprensión occidental, la unión ha recogido el entusiasmo de las masas africanas canalizándolo hacia el logro de los más ambiciosos objetivos. En un telegrama dirigido al Presidente de la Conferencia de naciones africanas que se celebró en Accra el 7 de diciembre, el Presidente de la Asamblea Nacional de Guinea, Diallo Saifoulaye, dice: «La Asamblea Nacional de la República de Guinea envía un fraternal saludo a los delegados de la Conferencia y hace fervientes votos por el éxito de sus trabajos para la resurrección del Continente africano, cuyo desarrollo se vió detenido por la acción de los negreros y la dominación colonial». Este es el espíritu que prevalece hoy en Africa y que alienta en las masas la constitución de entidades como la Unión que alborea.

La amalgama étnica que la naciente Unión impone, hace que su futuro revista caracteres imprecisos que sólo el transcurso del tiempo puede perfilar.

JULIO COLA ALBERICH.